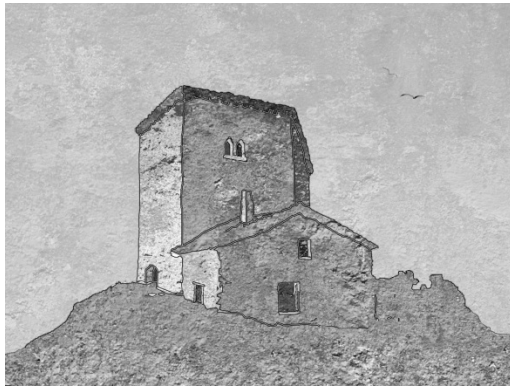


Pedro Zarrabeitia

EL
CIEGO
DE
OLABE

EC.O
EdicionesCivicas.O



|

Las urracas de Urdaibai

En la zona costera situada entre las rías de Urdaibai y Artibai la Naturaleza había sido generosa: arenales y marismas, bosques frondosos de robles, encinas y castaños, riscos y acantilados de roca caliza horadados en grietas y cavernas, ríos y colinas que descendían desde el monte Oiz hasta hundirse en un mar casi siempre embravecido.

Todo ello conformaba un hábitat bello y complejo en el que el hombre era el dueño de los espacios abiertos, el lobo de los bosques y el cuervo del aire. Pero el mar, inabarcable y poderoso, no tenía señor que lo controlase

y lo mismo quitaba vidas que alimentaba a los humanos con su despensa inagotable.

Hacía mucho tiempo que el hombre disfrutaba de estas tierras. En realidad, desde la más remota prehistoria, cuando se refugiaba en las cuevas y pintaba animales en sus paredes.

Habían pasado, también, cientos de años desde las últimas invasiones de pueblos lejanos del norte y del sur que le hicieron refugiarse en los bosques del interior y que apenas dejaron huella. Sólo aquellos que llegaron cautamente, predicando la paz y el amor a un Dios todopoderoso, se quedaron para siempre... aunque sus doctrinas tampoco penetraron en exceso a través de la curtida piel de los nativos, que siguieron creyendo en los dioses de la Naturaleza.

Sin embargo, aquella religión nueva traía en sí misma la semilla de la expansión y la destrucción de las viejas creencias. Con ella llegaron a estos tranquilos parajes las ambiciones de los reinos vecinos que buscaron alianzas con los señores de la zona y, donde antes había paz, acabaron sembrando la muerte y la discordia.

La casa-torre de los Olabe se alzaba orgullosa y fuerte en la cima de una colina boscosa a medio camino del monte Oiz y la costa.

Aquella noche, mil criaturas extrañas se agitaban nerviosas entre las encinas de los bosques impenetrables que la rodeaban.

El viento del sur era bochornoso, huracanado a ratos y anunciando tormenta, y la luna llena entraba y salía tras los negros nubarrones como no queriendo ver el tenebroso paisaje.

Volando, casi sin tocar el suelo, el jinete de los malos augurios había pasado como una sombra a lomos de su caballo negro, dejando en la oscuridad del anochecer el eco de un terrible presagio. Algo maligno estaba a punto de ocurrir en aquel lugar solitario de colinas y ríos que bajan desde el monte Oiz hasta el mar.

De pronto, de la ventana abierta en lo alto de la casa-torre, unos gritos desgarradores subieron hacia las nubes surcando el cielo como saetas en la batalla.

Se pudo ver a Leonor, la dama de Olabe, alzando en alto a su primogénito y mostrando al mundo la criatura de tres meses al que dos urracas, atraídas por la luz de la alcoba, acababan de arrancar sus preciosos ojos del color de las avellanas.

Ocurrió en el momento en que, desde la cuna, el niño miraba embelesado las luces y sombras que el fuego del hogar movía en el techo, levantando los brazos como queriendo atraparlas.

En el silencio de la noche, la maldición de la madre junto al llanto angustioso de su hijo, se extendió por los montes y los caminos, se introdujo en las cuevas, rebotó en los peñascos, corrió por los ríos, sacudió los árboles y vibró en el viento... hasta alcanzar a todos los genios y espíritus del bosque, hasta hacer temblar a los mismos dioses, mientras dos hilos de sangre brotaban de los ojos vacíos del bebé y caían por sus brazos.

—¡Yo os maldigo urracas ladronas! Ni vosotras, ni vuestros familiares y descendientes volveréis a posaros en esta tierra hasta que hayáis devuelto la vista a mi hijo. ¡Malditas seáis!

El lobo se estremeció en su guarida y el jabalí se escondió entre las zarzas, el zorro se agachó y alzó las orejas atento y temeroso, los pájaros dormidos se asustaron en sus nidos y hasta la última criatura de aquel mundo oscuro paró su quehacer y miró hacia la torre.

Durante toda la noche se siguieron oyendo los lamentos y llantos procedentes del castillo de Olabe. La luna desapareció tras las nubes, llegó la tormenta y el cielo y los padres estuvieron llorando hasta el amanecer.

El niño, con unas gotas de láudano en los labios se quedó por fin dormido, y al cerrar los párpados parecía tan bello como un ángel. Pero no veía más las luces del fuego ni las del día, sino sólo las sombras.

Aquel niño recibió el nombre de Oier, que en idioma vasco quiere decir "luz interior". Así comienza la leyenda del Ciego de Olabe.

La gran familia de los córvidos se fue reuniendo en la encina más espesa y grande en lo profundo del bosque. Los cuervos, los grajos, las cornejas, las urracas y los arrendajos acudieron a la llamada urgente del Gran Cuervo, motivada por la terrible noticia.

Aquella maldición era una sentencia de muerte para todos ellos. Los perseguirían por todos los rincones y los aniquilarían.

El daño que las dos urracas habían producido era irreparable. Había que tomar decisiones inmediatas porque al día siguiente comenzaría la cacería.

Las dos urracas causantes de la tragedia se apretaron contra el tronco subidas en una de las ramas más altas. Intentaron justificarse diciendo que aquellos ojitos brillantes les habían parecido dos perlas preciosas y que era tradición de la familia llevarlas al nido, pero el griterío que se armó, parecido al de una carraca gigante, fue suficiente para que se quedasen calladas y condenadas.

El Gran Cuervo, antes de sentenciarlas a viajar por todo el mundo hasta encontrar dos ojos que devolviesen la vista al niño ciego, recordó una antigua leyenda de los cuervos según la cual algo similar había sucedido siglos atrás, en tiempo de los hielos, cuando un cuervo acuciado por el hambre había intentado robar un niño de su cuna.

El niño murió al caer de sus garras y toda la familia de córvidos había sido castigada por los dioses a perder su bello canto.

Algunos dicen que incluso sabían hablar.

A partir de entonces quedaron con su desagradable graznido.

En aquella época hubo también una gran matanza por parte de los cazadores. Había, por tanto, que escapar de inmediato hasta alcanzar otros lugares a los que no llegase nunca el relato de lo sucedido.

Salieron en bandadas fuera de la comarca y en muchos años no se volvió a ver un solo cuervo ni una urraca en todo el país de Urdaibai. Llevaban prendido en sus pequeños corazones el sentimiento de culpa y la promesa de reparación del daño causado y las dos urracas culpables, un encargo irrealizable.

En aquella población humana formada por caseríos diseminados, viejas casas-torre de tiempos de las luchas banderizas y algunas iglesias y posadas próximas al Camino de Santiago, la desgracia se tomó como un castigo de Dios a la familia Olabe por no haber bautizado al hijo primogénito.

Así lo predicaba desde el púlpito el Abad del monasterio de Ziortza, que aborrecía a los Olabe porque jamás habían pisado una iglesia.

Pero cuando se le ocurrió organizar una procesión penitencial para aprovechar el duelo e incitar al pueblo al temor de Dios y al arrepentimiento, y empezó a recorrer los núcleos de casas con cruces negras, monjes encapuchados, inciensos y tambores, el pueblo llano la emprendió a pedradas con la comitiva produciendo una desbandada mayor que la de los córvidos.

Lo que realmente pensaban los habitantes del lugar era precisamente todo lo contrario: que los espíritus del bosque les habían enviado aquella advertencia por haberse entregado a la nueva religión judía y abandonar las creencias tradicionales.

En todos los hogares se habló durante mucho tiempo del niño de los ojos robados.



II

Oíer

Desde el primer momento los espíritus del bosque acogieron bajo su protección al niño ciego de Olabe. Las circunstancias de su desgracia habían conmovido hasta a las piedras, porque tanto el espíritu de la Tierra como el del Agua, el Aire, los astros del Cielo y el de todos los animales, velaron desde el principio por aquel niño que el Dios del Azar había señalado de forma tan cruel.

Los Olabe eran animistas por naturaleza, todo lo que se podía ser en una comunidad rural del siglo XV cristianizada a la fuerza y, aunque no adoraban a ningún árbol ni río ni animal, conservaban de sus antepasados la

creencia en los espíritus de la Naturaleza y su influencia en la vida del hombre.

Pronto se dieron cuenta de que aquella criatura estaba destinada a una vida diferente de las demás. Intuyeron que si las fuerzas de la Naturaleza lo habían condenado a la ceguera en una acción dramática de un significado que no entendían, esa misma Naturaleza lo acabaría llevando a un destino extraordinario.

Jamás se quejaron de su suerte y cuidaron de su primogénito con el máximo cariño y atención, no exenta de la inquietud que produce lo inexplicable y misterioso.

En aquellos tiempos los ciegos eran considerados por el pueblo como personajes dotados de extraños poderes, incomprensibles para los demás, probable consecuencia de un pecado o una maldición. Muchas veces eran compadecidos o despreciados, pero otras muchas eran respetados y hasta temidos.

Obligados a llevar una vida apartada del quehacer cotidiano del pueblo, no era raro verlos convertidos en mendigos pidiendo limosna en la puerta de la iglesia o en brujos dedicados a adivinar el porvenir.

Había quien interpretaba el aura que los rodeaba como el resplandor de los santos. Otros la veían como el fulgor de los demonios.

Oier de Olabe creció sano y fuerte, más sano y más fuerte que todos los niños de los alrededores.

Durante los primeros años de su infancia desarrolló unas facultades que enseguida le hicieron sentirse

diferente, especial, dotado de fuerzas ocultas para los demás. En brazos de su madre, a hombros de su padre, a lomos de un burro o, simplemente, sentado entre la hojarasca en algún claro del bosque, sus demás sentidos fueron adaptándose de una forma prodigiosa. Y aunque pareciese estar solo, cuando los demás se dedicaban a sus tareas cotidianas él siempre estaba acompañado por algún genio del bosque, algún animal salvaje o algún espíritu que lo protegía y aleccionaba.

Desarrolló su oído hasta llegar a escuchar los más profundos temblores del subsuelo, las más sutiles brisas entre las hojas de los árboles, las pisadas de las criaturas más pequeñas del mundo nocturno, el vuelo de las aves, el sonido de la lluvia en la lejanía, el ruido de un manantial a diez leguas de distancia o el de las olas del mar tras los montes de Urdaibai.

Poco a poco, el eco de sus pasos en el suelo y de su voz en los árboles le permitió caminar sin ningún tropiezo por lo más intrincado de los encinares.

En sus paseos lo acompañaba siempre algún zorro, a veces también los lobos y, durante las noches más oscuras, ningún animal lo aventajaba en sus movimientos cautelosos y precisos. Aprendió el lenguaje de los animales y a conocer, con su olfato y su tacto, todas las plantas del bosque. Todo esto lo guardaba para él y, aunque en el pueblo sabían que caminaba sin ningún miedo ni ayuda por los bosques de los alrededores, nadie conocía el extraordinario alcance de sus facultades.

Al llegar a los veinte años había logrado esa meta que las leyes del Universo tenían reservada para la evolución del ser humano: una perfecta integración con la Naturaleza. Le faltaba una cosa: la visión real del mundo que lo rodeaba. Sentía el calor del sol y sabía de su influencia en la vida de la Tierra, pero desconocía los colores y la diferencia entre la luz y las sombras, y en su corazón latía siempre una penumbra de tristeza.

Tenía un criado llamado Gastón que, desde pequeño, había sido su cuidador y lazarillo y que ahora se había convertido en su compañero inseparable. Este criado de la casa Olabe era un rufián bearnés que había servido de bufón en la corte del Reino de Navarra y que, escapado de allí como peregrino a Santiago por sus trampas, peleas y vida licenciosa, acabó asentándose en las tierras de Mendata, al abrigo de una familia de cátaros establecidos tiempo antes en la zona.

Era chismoso, casamentero, contador de cuentos, cómico, músico, refranero y poeta, es decir, un compendio de sabiduría popular y picaresca que fue transmitiendo a Oier como si fuese su hijo, enseñándole, además del latín, todas las habilidades, artimañas y enredos del mundo de los humanos, especialmente de las mujeres, asignaturas de la vida que el muchacho ciego no había tenido ocasión de aprender y que asimilaba con presteza.

Oier era un hombre atractivo, alto, fuerte y de alborotados cabellos rubios, sin embargo había sido rechazado repetidamente por las mozas casaderas del

pueblo que, atraídas en un principio por su belleza de dios griego, viéndolo con los párpados cerrados, huían horrorizadas cuando los alzaba y dejaban ver los oscuros agujeros de sus ojos.

No obstante, distinguidas damas de más de una casa solariega lo habían acompañado por la noche a lo profundo del bosque y allí habían disfrutado de los atractivos del joven en la más completa oscuridad, donde ellas no veían sus ojos y él tampoco su rostro, y se complacían en su anonimato.

Eso creían, pero Oier jamás olvidaba una voz ni un aroma. Esta era otra sombra de su carácter, que ocultaba a veces la luz interior que lo guiaba. Porque además de la luz del sol también le faltaba la luz del amor.

De todas formas, la cualidad de Oier que le hizo famoso por la comarca, aparte de su ceguera, su belleza y su vida medio salvaje, fue su extraordinaria voz y la improvisación e ingenio de sus versos y canciones. La música que aprendió con los pájaros del bosque, y las letras y el manejo del laúd que le transmitió su pícaro maestro, le hicieron popular en todas las tabernas y posadas de Urdaibai, donde divertía, escandalizaba y ofendía indistintamente a todos los parroquianos, especialmente a los curas y a las damas casadas, de cuyas aventuras en infidelidades lo tenía al corriente el bueno de Gastón, aparte de sus propias experiencias.

A veces hacían dúos, desafiándose y contestándose el uno al otro, lo que aprovechaban para despellejar a los

hipócritas y a las falsas beatas del pueblo, a las que él solía identificar haciendo de mujer e imitando su voz y sus dichos de amor, para regocijo de los hombres del pueblo.

Bebían y juraban como piratas y muchos peregrinos de buena fe escapaban de la posada espantados por sus obscenidades e irreverencias, junto con algún marido engañado que se preguntaba cómo sabía el ciego aquellas cosas de su mujer, con lo cual también creció su fama de brujo y adivino.

Pero cuando Oier vagaba solitario lejos de la casa-torre, entre robles y encinas junto al río, o al borde del mar, se olvidaba del latín y el romance de sus versos de taberna y cantaba otro tipo de canciones en la lengua de sus antepasados. Y su voz y su música eran tan hermosas y melancólicas que todos los ruidos del bosque se apagaban y los espíritus de la Naturaleza se paraban a escuchar, recordando con tristeza la noche en que las urracas le robaron su mirada.